

AGUSTIN
CUEVA

EL PENSAMIENTO SOCIAL
LATINOAMERICANO

Primer libro de la serie de estudios
sobre el pensamiento social latinoamericano



**EL PENSAMIENTO
SOCIAL
LATINOAMERICANO**

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
INSTITUTO DE INVESTIGACION INTEGRAL

AGUSTIN
CUEVA

EL PENSAMIENTO SOCIAL LATINOAMERICANO

(Notas sobre el desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último periodo)

La primera tentación que surge al enfocan este tema es la de afirmar que las ciencias sociales han alcanzado ya una mayoría de edad en América Latina. Pero tal aseveración tal vez sea demasiado categórica. Nadie puede negar, sin embargo, que dichas ciencias han tenido un vertiginoso desarrollo en la región desde mediados de la década de los sesentas, aproximadamente. Y no sólo se trata de avances cuantitativos, fáciles de medir a través del número de títulos publicados, muchos de ellos con elevados tirajes; de la significativa cantidad de revistas especializadas que actualmente existen, o de los múltiples centros de enseñanza e investigación con que contamos, a pesar del clima político adverso al pensamiento progresista que impera en buena parte de los países del área. Se trata también, y esto es lo más importante, de progresos de orden cualitativo entre los que podríamos mencionar el rigor teórico y metodológico cada vez mayor; la creación de un acervo informativo que permite apoyar en una adecuada base empírica las investigaciones; así como la conformación de una temática específica, correspondiente a la problemática asimismo específica de las sociedades latinoamericanas.

Tal vez valga la pena explicitar un poco más esta última cuestión, que en gran medida constituye el nudo gordiano de la evolución de nuestras ciencias so-

ciales. En efecto, el punto de arranque de la etapa a que venimos refiriéndonos consiste en el surgimiento de una temática central, que termina por organizar prácticamente toda la reflexión teórica y orientar el conjunto de la investigación. Aludo, como es fácil suponer, a la temática del desarrollo y el subdesarrollo con su correspondiente constelación de preguntas claves: ¿cuáles son las causas de nuestro subdesarrollo? ¿qué obstáculos hay que vencer si queremos desarrollarnos? ¿qué tipo de desarrollo es viable y cuál deseable en América Latina?

El surgimiento de esta temática no es arbitrario ni obedece a una evolución puramente interna de las ciencias sociales. Por el contrario, hay que ubicar el hecho en la conflictiva coyuntura de mediados de los años sesentas, coyuntura caracterizada por una amplia crisis de las sociedades latinoamericanas. Recordemos, aunque sea sumariamente, algunos datos de aquel momento:

- a) El producto por habitante de América Latina, que había crecido al 2.2% anual entre 1950 y 1955, y al 1.7% entre 1955 y 1960, se incrementa a un ritmo de sólo 1.5% anual entre 1960 y 1965 y en el año siguiente se estanca. **Parece** entonces claro que la economía latinoamericana registra una insuperable tendencia al estancamiento.

b) Para el mismo año de 1966, el capital monopólico extranjero ha pasado a controlar los centros más dinámicos de nuestra industria; las solas inversiones estadounidenses, que desde luego son las más cuantiosas, alcanzan el orden de los 3 mil millones de dólares en el sector manufacturero. El proceso de desnacionalización de la economía de América Latina es un hecho incuestionable.

c) El problema de la "marginalidad" y el pauperismo es como nunca visible; nadie puede negarlo, por más que se esté lejos de llegar a un acuerdo sobre las causas que lo producen.

d) La revolución cubana ha triunfado, abriendo una nueva perspectiva histórica en el Continente; pero hay al mismo tiempo una crisis en el campo socialista, en el movimiento obrero en general, y en la propia concepción del marxismo.

e) Los proyectos denominados populistas y nacionalistas se encuentran en plena bancarota; el ala izquierda de los movimientos que los sustentaban se radicaliza. Tanto la crisis del marxismo como la emergencia del "Tercer Mundo" en el escenario político internacional, contribuyen a desarrollar en aquella ala una especie de "jacobinismo tercermundista", que es práctico y a la vez teórico.

f) Amenazado por su crisis, el sistema responde primero con la llamada "Alianza para el Progreso". Ante el fracaso de ésta, la escalada represiva no se hace esperar: a partir de 1963, los regímenes dictatoriales se imponen en la mayor parte del Continente.

El recuento que acabamos de hacer es sumario e incompleto, pero sirve para evocar una coyuntura atiborrada de contradicciones que, en su conjunto, genera un clima propicio para todo género

de rupturas culturales, cuestionamientos ideológicos y mutaciones intelectuales. En el campo de las ciencias sociales, que el propio desarrollo del capitalismo ha terminado por institucionalizar, especializar y profesionalizar, aquella coyuntura impulsa el surgimiento de un pensamiento crítico, que no tardará en ajustar cuentas con por lo menos tres de las corrientes que hasta entonces habían ejercido una gran influencia en la interpretación de los problemas latinoamericanos:

a) El "desarrollismo", cuya expresión más acabada se encontraba —y aún se encuentra— en los estudios de la CEPAL y de autores como Raúl Prebisch.

b) El estructural-funcionalismo, que a principios de los años sesentas había llegado a imponerse en los planes y programas de estudio de gran parte de nuestros centros de enseñanza.

c) La teoría de la "modernización", variante criolla de la corriente anterior, que Gino Germani y su escuela habían logrado difundir con relativo éxito en los años de postguerra.

La propia coyuntura de entonces ayuda, por lo demás, a superar ciertos niveles de análisis: las investigaciones microsociales van perdiendo terreno en un momento en que la sociedad entera entra en crisis; el estudio de las llamadas "disfunciones" se revela dudoso e inadecuado para captar una realidad en que los "desajustes" muestran ser la regla y no la excepción.

Así que la reflexión sobre la **totalidad** va imponiéndose y, dentro de ella, la temática del desarrollo y el subdesarrollo termina por abrirse campo. La teoría de la dependencia surge vigorosa como alternativa a las tesis desarrollistas, de las que sin embargo constituye, a la vez, tanto una negación como una prolongación. Una negación ciertamente, en la medida en que mientras los desa-

desarrollistas sostienen que en América Latina si puede haber desarrollo, a condición de llevar a cabo ciertas reformas (agraria, tributaria, administrativa, etc.), de renegociar los términos del intercambio internacional e impulsar una adecuada política de sustitución de importaciones; los autores dependentistas responden que ello es imposible, dada la dependencia estructural de nuestras sociedades que impide toda posibilidad de desarrollo. Pero es también una prolongación, puesto que ambas corrientes se desenvuelven dentro de los límites de una idéntica pregunta (puede o no haber "desarrollo"); pregunta aparentemente "evidente", pero que por su misma **indeterminación** ocultaba lo esencial del problema, a saber: que jamás ha existido ni podrá existir un "desarrollo" a secas, sino siempre el desarrollo de determinado modo (o modos) de producción.

Ahora bien, América Latina estaba inmersa precisamente en ésto, ya que atravesaba por una fase crítica del desarrollo del modo de producción capitalista, y no por el "desarrollo del subdesarrollo" o algún galimatías parecido. Los desarrollistas habían sin duda distorsionado la perspectiva global del análisis al proyectar sus ilusiones ideológicas e imaginar que el desarrollo del capitalismo en América Latina podía conducir a una mejor distribución de la propiedad, del ingreso y del poder (¡cómo si el capitalismo pudiera funcionar, en algún lugar del mundo, sin regirse por la ley básica de la acumulación de capital); pero habían llamado la atención sobre ciertos "cuellos de botella" reales, como el derivado de la persistencia de estructuras agrarias obsoletas, y puesto sobre el tapete de la discusión la cuestión de los términos de intercambio internacionales. Por su lado, los autores dependentistas estaban al presuponer que la situación de dependencia impedía fatalmente la reproducción ampliada del modo de producción capitalista (y por lo tanto de sus contradicciones) en la región; pero pese a ésto realizaban una valiosa labor crítica

al confrontar las ilusiones del desarrollismo con los datos de una realidad que palpablemente las contradecía. Desde su perspectiva iban, además, produciendo e impulsando una serie de estudios concretos sobre los efectos de esa situación de dependencia que efectivamente existe, y acotando temas de reflexión sobre la especificidad histórica de nuestras formaciones sociales. Con ello abrían nuevos cauces para el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina, de suerte que, hacia fines de la década de los sesentas, éstas contaban ya con una temática propia y con una infinidad de trabajos serios y sistemáticos sobre las distintas formas de inserción de nuestras sociedades en la economía mundial; sobre la penetración del capital monopólico en la fase actual, sobre el proceso de industrialización y sus modalidades, sobre la "marginalidad", el "populismo", etc. Habían iniciado, además, un estilo de investigación interdisciplinario que tendía a terminar con los antiguos compartimentos estancos conformados por la sociología, la economía, la historia y la ciencia política.

Sería absurdo, sin embargo, imaginar que con todo esto se alcanzó una originalidad absoluta, cosa que simplemente carece de sentido en el terreno científico; como absurdo resultaría creer que la crisis a que nos hemos referido produjo, mecánicamente y sin mediación teórica alguna, las nuevas perspectivas de las ciencias sociales locales. Ya vimos como relación entre las corrientes desarrollista y dependentista fue bastante compleja; a éllilo habría que añadir, por ejemplo, la enorme influencia que sobre ambas ejerció un autor tan importante como Celso Furtado; la que sobre la segunda ejercieron las obras de Baran y Sweezy, los escritos de Rosa Luxemburgo, Bujarin y Trotsky; ciertos textos de Lenin, aunque no siempre su método dialéctico, y, ulteriormente, las tesis de Samir Amin y A. Emmanuele, para sólo señalar algunos hitos. Pero cabe precisar que estas influencias son

tamizadas y redefinidas en función de la dinámica local, práctica y teórica. Del famoso libro de Baran, **La economía política del crecimiento**, por ejemplo, se divulga casi exclusivamente el capítulo consagrado a "las raíces del atraso", que sin duda es el más alejado de una perspectiva marxista, dejando en cambio escapar la enorme riqueza analítica de los capítulos posteriores.

De otra parte, conviene recordar que en aquel momento casi no tuvo influencia en el desarrollo de nuestras ciencias sociales el marxismo latinoamericano despectivamente tildado de "tradicional". Autores como el mismo Mariátegui, Mella, Aníbal Ponce o Rodney Arismendi son sencillamente desconocidos, pese a constituir pivotes fundamentales del pensamiento contemporáneo de América Latina.

Si la crisis de mediados de la década de los sesentas había forjado las condiciones políticas e ideológicas propicias para el surgimiento de una ciencia social crítica, el desarrollo del capitalismo en la región había creado también las condiciones **técnicas necesarias** para que el nivel de la investigación se elevara en este plano. La CEPAL y los autores desarrollistas venían trabajando desde hacía tiempo con un instrumental bastante sofisticado, los institutos de planificación de cada país hacían otro tanto, al igual que los centros especializados en ciencias sociales, que empezaron a surgir como respuesta a los propios requerimientos del sistema. Formados en algunos de estos ámbitos, o con una experiencia adquirida en ellos, los científicos sociales de la vertiente crítica se encargaron de transmitir en su momento ese acervo técnico al campo de la izquierda. Tal transmisión no dejó, desde luego, de plantear problemas, ya que nunca fue ni podía ser estrictamente técnica, o sea aséptica en el plano de la teoría y el método; de hecho, tuvo mucho que ver con "el eclecticismo, la falta de rigor conceptual y metodológico, y un pretendido enriquecimiento del marxismo, que es

más bien su negación", para emplear los términos de Ruy Mauro Marini. Sea de esto lo que fuere, es innegable que aquello contribuyó a establecer un nuevo y más elevado nivel técnico de producción de conocimientos en nuestras ciencias sociales, y **en este sentido** fue un hecho positivo.

En fin, habría que advertir que dentro de las coordinadas señaladas hasta aquí —y que obviamente solo tienen un carácter indicativo— se desarrollaron estilos de trabajo y perspectivas particulares de análisis que varían bastante de un autor a otro, aun en el interior de una misma corriente (piénsese en las obras de A. G. Frank, Dos Santos, Marini, Quijano, Sunkel y Paz, por ejemplo).

El período que va de 1969 a 1973, aproximadamente, se caracteriza por algunos hechos importantes que no dejan de influir en el campo que nos interesa:

a) Los países capitalistas "centrales", que habían sufrido ya conmociones de diverso tipo durante el bienio 1967-68 entran finalmente en una fase de crisis. Muchos de los males que hasta entonces parecían exclusivos de las áreas dependientes, como el "bloqueo" del desarrollo, las altas tasas de desocupación, la pauperización de las masas, etc., revelan ser inherentes, en mayor o menor grado, al desarrollo del capitalismo sin más calificativos. La idílica representación de los países "centrales", subyacente en la tesis de nuestra misma sociología crítica (que justificaba la necesidad de un cambio radical arguyendo que de otro modo nunca llegaremos a ser como aquellos países "desarrollados") empieza a demorarse. El tema de la explotación de una clase por otra reaparece en las ciencias sociales; el problema del subdesarrollo comienza a ser tratado en términos de "superexplotación" de la fuerza de trabajo.

b) El "milagro brasileño", que ha logrado "despegar" en 1968, corrobora, por su parte, lo anterior. De un lado de-

muestra que no hay ley alguna que impida el desarrollo ampliado del capitalismo en la "periferia"; de otro lado confirma que este desarrollo está lejos de constituir la esperada panacea. Empieza entonces a hablarse de un "crecimiento sin desarrollo", expresión que no deja de recordar la de "desarrollo con pobreza", que no por azar se ha acuñado en un país como México, donde tampoco es posible sostener razonablemente la tesis del estancamiento.

c) El auge de las luchas obreras, que se inicia con el "cordobazo" argentino y prosigue briosamente con las experiencias boliviana, uruguaya y chilena, tiende a imprimir una perspectiva de clase más clara en las ciencias sociales latinoamericanas. Estas se comprometen a fondo en la lucha política, en una u otra forma se partidarian.

d) Aun en aquellos países que no viven procesos como los mencionados, o similares, el materialismo histórico se difunde ampliamente. La sola magnitud de los tirajes alcanzados por el conocido manual de Martha Harnecker es prueba de ello, con independencia del juicio que este trabajo nos merezca.

Y creo que es el momento adecuado para introducir una reflexión, aunque sea breve, sobre la gran influencia que Louis Althusser y su equipo comienzan que no se trata de hacer una defensa o a ejercer en este período, advirtiendo un ataque del "althusserianismo", sino solo de señalar algunos aspectos a nuestro juicio positivos de esa influencia.

Ante todo, el filósofo francés nos da una lección de **rigor** al insistir en la necesidad de definir con precisión el objeto de estudio, las categorías teóricas, los niveles de análisis, etc. En general, induce a una reflexión metodológica que bastante falta hacia en nuestras ciencias sociales. Quizás hasta resulte paradójico afirmar que este pensador en muchos sentidos adialéctico, nos mostró un camino que en última instancia desembocaba en una recuperación de la dialéctica,

al poner tan de relieve la categoría de **contradicción**. En fin, la llamada "moda althusseriana" impulsó la lectura de **El capital**, sobre la base, claro está, de un terreno social y políticamente abonado para ello. Desde ahora conviene subrayar que es esta lectura la que terminará por remover el piso de prácticamente todas las "teorías" del desarrollo latinoamericano que hasta entonces se había intentado elaborar.

Ciertamente esta especie de digresión señalando que, sin embargo, no hay ningún sociólogo, economista o historiador importante de la región (con la obvia y a la vez controvertible excepción de Martha Harnecker) que pueda ser calificado de "althusseriano".

Los años 1974 y 1975 representan una fase llena de desgarramientos políticos y consiguientemente teóricos, derivados, como es fácil suponer, de la oleada represiva que se extiende por todo el Cono Sur del Continente.

El primer resultado de este hecho es muy claro y no necesita mayores comentarios: importantes centros de investigación y enseñanza, que se contaban entre los mejores de América Latina, son desmantelados y sus integrantes más valiosos sufren todo género de persecuciones. Comienza la obligada diáspora hacia el Norte, con particular incidencia en países como Costa Rica, Venezuela y México, donde la actividad en ciencias sociales rápidamente se "latinoamericaniza". Inútil insistir en el mutuo enriquecimiento intelectual que esto implica, aun en medio de las dolorosas circunstancias que lo propician.

El segundo resultado tal vez sea más difícil de evaluar, pero vale la pena señalarlo. Se trata de un cambio en la correlación de orientaciones políticas en el seno de las ciencias sociales latinoamericanas en los países no fascistizados; cambio que por un lado se caracteriza por un robustecimiento del sentimiento democrático y, de otro, por el debilitamiento de las posiciones ultraizquierdistas. Esto último podrá parecer paradó-

jico, mas no carece de explicación: el fracaso de tantas y tan variadas experiencias de lucha acaba por evidenciar que el problema de la transformación revolucionaria de nuestras sociedades dista mucho de reducirse a la demostración de que América Latina es capitalista y estructuralmente dependiente, y que por lo tanto la revolución socialista está a la vuelta de la esquina. Sin dejar de tomar implícita o explícitamente partido, las reflexiones sobre tales experiencias ponen en general de manifiesto la complejidad del problema y, con ello, la complejidad de las propias sociedades latinoamericanas, de sus estructuras y procesos históricos.

Antes de referirme a los debates más actuales que de allí se han derivado, quisiera resumir y precisar el sentido de las discusiones concentradas en dos encuentros en los que me tocó participar directamente: el XI Congreso Latinoamericano de Sociología, llevado a cabo en Costa Rica, y el Congreso Internacional de Americanistas realizado en México, ambos en 1974. En el primero se discutió acaloradamente la validez de las tesis interpretativas de América Latina susceptibles de agruparse bajo el nombre de "teoría de la dependencia", mientras que en un simposio especial del segundo evento se discutió la enmarañada cuestión de los modos de producción en la región. Mi opinión no puede ser imparcial (por razones obvias), así que me limitaré a señalar el sentido que personalmente atribuyo a las tesis que algunos sostuvimos.

Se trataba, primeramente, de denunciar la presencia de cierto lastre ideológico que venía entorpeciendo la producción de un conocimiento objetivo de los procesos y estructuras de América Latina. A título de ejemplo me permito recordar algunos de sus ingredientes:

a) El mito de que la única ciencia social revolucionaria es la que analiza nuestros problemas en términos circula-

cionistas y dependentistas, para llegar a la conclusión de que América Latina ha sido siempre y totalmente capitalista.

b) Cierta culto un tanto infantil de la "heterodoxia" por la heterodoxia, que daba por sentado que la "verdad" teórica está necesariamente fuera del marxismo llamado tradicional, o sea, clásico.

c) La creencia populista de que para conocer la realidad latinoamericana era necesario inventar una teoría propia, rompiendo lanzas contra todos los conceptos tildados de europeos o "eurocentristas" (lo que desde luego no era ningún progreso, sino un simple retorno a la apollada jerigonza de Haya de la Torre contra Mariátegui hace medio siglo).

Urgía, en segundo lugar, poner en claro algunos aspectos **metodológicos**, con el fin de zanjar ciertos problemas teóricos. En síntesis y simplificando al máximo los términos de la discusión, se trataba de saber si el conjunto de determinaciones que intervienen en la configuración de una **situación de dependencia** se ubican o no en un nivel susceptible de crear una **legalidad propia**, cualitativamente distinta de la que corresponde a las características fundamentales del modo o modos de producción involucrados en dicha situación. La posición de los teóricos de la dependencia con respecto a este problema es bien conocida y creo que Theotonio dos Santos la sintetiza mejor que nadie al escribir lo que sigue:

"En resumen, las leyes que rigen el desarrollo de los países subdesarrollados son específicas y como tales deben ser estudiadas como leyes de desarrollo de los países dependientes y sus distintas formas tipológicas. En este caso, por tanto, no se trata de 'aplicar' conceptos genéricos a particulares sino de **redefinir** conceptos universales según algunas situaciones específicas. El resultado es un nuevo concepto".

Aseveración que no deja de plantear serios problemas que se pueden for-

mular la modo de preguntas: ¿cuáles son esas leyes de desarrollo de los países dependientes o "subdesarrollados" y sus distintas "formas tipológicas"? ¿cuáles son esos "nuevos" conceptos? ¿qué categorías "genéricas" de **El capital**, por ejemplo, no se deben aplicar a los "particulares" latinoamericanos?

Nuestra opinión es que no existe ley alguna que sea propia de la "dependencia" o del "subdesarrollo", puesto que, en rigor, estas situaciones configuran un problema histórico y no propiamente teórico. Con lo cual no hacemos más que retomar el razonamiento de Lenin en **todas** sus controversias con los populistas rusos, que él mismo sintetiza en los siguientes términos a propósito del problema de la realización y la cuestión de los mercados exteriores:

"En realidad, entre estos dos problemas no hay nada en común. La realización es un problema abstracto vinculado con la teoría del capitalismo en general. Que tomemos un solo país o el mundo entero, las leyes fundamentales de la realización descubiertas por Marx son siempre las mismas. El problema del comercio exterior o del mercado exterior es un problema histórico, un problema de las condiciones concretas del desarrollo del capitalismo en tal o cual país, en tal o cual época".

En este sentido resulta inexistente un objeto que pudiera dar lugar a una "teoría" del subdesarrollo o de la dependencia, a menos que uno parta de una confusión tal de niveles de abstracción, que hasta impida distinguir lo que es una ley de lo que son sus **modalidades histórico-concretas de realización**. Por lo demás, nadie hasta ahora ha logrado explicar en qué consisten esas leyes **sui generis** que supuestamente rigen el desarrollo (o subdesarrollo) de las sociedades latinoamericanas.

En tercer lugar, queríamos rescatar los conceptos de **contradicción** y de **desarrollo de un conjunto determinado de contradicciones**, como eje de análisis y con el fin de superar algunos escollos:

a) El de una visión realmente **sistémica** y no dialéctica, que por momentos rayaba en la pura teleología. Por ejemplo, cuando de la comprobación (cierta) de que el capital monopólico subyuga y explota como puede a ciertas instancias precapitalistas con las que entra en contacto, se llegaba fácilmente a la conclusión (falsa) de que la existencia histórica de dichas instancias obedece a una necesidad intrínseca del desarrollo del capitalismo, siendo por ende ellas mismas capitalistas. Toda una dimensión específica de nuestra problemática (la del precapitalismo) quedaba excluida de esta manera.

b) El escollo de una visión mecanicista de la historia latinoamericana que por un lado reducía los momentos progresistas de ésta a la condición de simple "astucia" del capitalismo, sin tomar en cuenta la lucha de clases concreta, mientras por otro lado se negaba, con un razonamiento similar, cualquier posibilidad de abrir **espacios de lucha** democráticos y progresistas en el presente.

c) En fin, era menester romper con la pregunta desarrollista y dependentista clásica (puede o no haber "desarrollo" en América Latina?), demostrando que ella es teóricamente inadecuada por las razones ya expuestas (de qué "desarrollo" se está hablando?) y que, por lo tanto, había que reformularla.

Pensamos que la discusión de estos problemas distó mucho de ser meramente académicos. Importante en el plano teórico y metodológico, tenía y sigue teniendo sustanciales proyecciones políticas que conviene destacar. Obviamente no es lo mismo plantear el problema de la transformación revolucionaria de América Latina en la perspectiva catastrofista y finalmente inmedatista de la "imposibilidad del desarrollo", que plantearla en la óptica del desarrollo de un conjunto determinado de contradicciones. Como tampoco es igual formular dichos problemas en términos de una constelación compleja y jerarquizada de contra-

dicciones, que deducirlo sin mediación ni distinción de planos de nuestra "relación con el mercado mundial".

Más allá de estas discusiones teóricas de carácter general, aunque no sin relación con ellas, la evolución política del área fue imponiendo ciertos temas particulares que los científicos sociales latinoamericanos no podíamos soslayar. Los propios balances, controversias e incluso "ajustes de cuentas" sobre lo sucedido en el Cono Sur, abrieron un nuevo campo de estudio inicialmente centrado en el carácter (fascista o no fascista) de los regímenes allí imperantes; campo que luego se extendió hacia el análisis más amplio de la naturaleza misma del Estado en la región.

Con respecto a la primera cuestión, hay dos puntos que me parece importante destacar:

a) La controversia sobre el fascismo, que como es natural está cargada de *arrière pensées* políticas, en gran medida replantea un viejo problema metodológico. Qué elementos de una situación histórica determinada pasan a formar parte del concepto que busca aprehenderla (reproducirla) en el plano teórico? Aquí me limitaré a recordar, como lo he hecho en otras ocasiones, que al respecto existen por lo menos dos posiciones ya clásicas. La de Max Weber, para quien todos los elementos tienen idéntica jerarquía, como parte de una constelación histórico-individual y, por ende, irrepetible; y la del marxismo tradicional (marx incluido) para el cual el concepto pertinente se construye mediante un proceso de abstracción que permite distinguir lo que es esencial de lo que no lo es. **Metodológicamente** hablando, la controversia sobre el fascismo se encuadró en una de estas vertientes: o se insistía en el plano de la singularidad histórica, que por definición jamás se repite, o bien se enfocaba el problema en un nivel más alto de abstracción, inspirado por lo general en los análisis de Dimitrov. **Políticamente**, la discusión

tuvo desde luego otros ribetes, que simbolizaban muchas veces tácticas y estrategias de lucha distintas.

b) En segundo lugar, el estudio de estos regímenes replanteó el problema de la relación entre lo económico y lo político, y no porque alguien negara que ella existe, sino porque se trataba de averiguar hasta qué punto el fascismo (o como se le llame) responde no solamente a una coyuntura determinada de la lucha de clases, sino también a una necesidad de "reordenamiento" capitalista de gran envergadura, inscrito en el contexto de la crisis actual.

La cuestión reviste el más alto interés y con razón ha sido motivo de tantos y tan importantes ensayos. Lo cual nos lleva, naturalmente, al otro asunto que habíamos mencionado, o sea, el de la discusión más general sobre el carácter que actualmente asume el Estado latinoamericano. Me limitaré simplemente a señalar que a este respecto parecen dibujarse tres tesis fundamentales: la del **Estado burocrático-autoritario**, sostenida sobre todo por Guillermo O'Donnell, la del **Estado de seguridad nacional**, sustentada por Ruy Mauro Marini, entre otros; y la del afianzamiento del **capitalismo monopolista de Estado**, que defienden muchos marxistas mexicanos. Las discrepancias teóricas, e incluso políticas, que se perfilan a través de estas tesis son claras, aunque a nivel descriptivo se registren muchas coincidencias.

Me parece por lo demás necesario señalar el peligro de dos posturas teóricas con respecto a este problema: la de la vertiente economicista que, olvidando toda mediación y hasta los efectos y posibilidades de la lucha de clases, tiende a **deducir** la inevitabilidad de cierta forma de Estado a partir de las leyes más generales de acumulación del capital; y la de la vertiente "politológica", que elucubra a partir de una supuesta "ciencia política" sin ningún asidero en lo económico y como si la historia fuera una secuencia inorgánica de coyunturas.

Antes de concluir con este punto quisiera destacar la enorme importancia que ha adquirido últimamente el pensamiento de Gramsci, con toda su riqueza y sus peligros; riqueza teórica que no hace falta justificar, y peligros que se derivan del carácter fragmentario de sus escritos, que da margen a todo género de interpretaciones. Más aún, está claro que ese pensamiento nos llega, cada vez más, distorsionado por una óptica revisionista muy en boga en Europa occidental, en donde el total estancamiento del proceso revolucionario ha propiciado el desarrollo de una especie de utopía más liberal que socialista, que sólo en el plano de lo imaginario puede ser una alternativa frente a la dura realidad de "guerra fría" que vive el mundo de nuestros días.

Además de las líneas de estudio señaladas, la coyuntura actual nos ha impuesto una más, que es la de la crisis por la que atraviesa el capitalismo. Por razones más o menos evidentes, uno podría pensar que son los economistas quienes llevan la batuta en la cuestión, lo que en gran medida es cierto. Pero lo que cabe señalar, para el caso de México al menos, es la gran participación de historiadores, sociólogos y hasta filósofos de profesión en el estudio del problema, lo cual confirma la tendencia ya indicada a la ruptura de los compartimentos estancos entre disciplinas. Creo que tal ruptura se ha acelerado últimamente por efecto de la crisis misma, que al poner de relieve el problema económico ha creado un punto obligado de encuentro de las ciencias sociales: me refiero, claro está, al estudio común de la economía política, que va ganando terreno en casi todos los centros de enseñanza en donde no existe una situación abiertamente represiva.

No voy a entrar a examinar aquí las distintas interpretaciones que se manejan, tanto sobre las causas como sobre la posible evolución de la crisis actual. En

cuanto a lo primero, o sea a las causas, baste recordar que o bien se las estudia a través de análisis de tipo descriptivo y empirista, derivados de la teoría económica, o bien mediante análisis de tipo estructural que arrancan de la economía política. En cuanto a lo segundo, tengo la impresión de que nadie está en posibilidad de prever a ciencia cierta el desarrollo de la presente situación, por más que se barajen varias hipótesis al respecto (entrada del capitalismo en un ciclo depresivo largo, por ejemplo). Lo que interesa destacar, en todo caso, es el hecho de que nuestros estudiosos estén abocados al análisis (muchas veces cotidiano, a través de la prensa) de los efectos que la crisis va produciendo en las economías latinoamericanas, con todas sus repercusiones sociopolíticas, y que a la vez vayan generando una visión crítica de las "respuestas" burguesas a la crisis. Por este camino se ha llegado, además, a conocer con bastante precisión las características de lo que algunos denominan el "nuevo modelo de acumulación", y creo que en esto reside el mayor aporte de nuestros científicos sociales a la comprensión "económica" del momento actual. En cambio, hace todavía falta mucho trabajo en aras de una comprensión igualmente profunda de la dimensión y los alcances propiamente políticos de la coyuntura actual, sobre todo a partir del triunfo sandinista en Nicaragua y de la nueva etapa de "guerra fría" desencadenada por el imperialismo desde mediados del año pasado.

La somera visión del desarrollo de las ciencias sociales en América Latina y de algunas de sus vicisitudes y problemas que acabamos de presentar es forzosamente fragmentaria y parcial; pero es evidente que uno no puede abarcar todo y que es preferible limitarse a hablar de lo que se conoce, si no con la profundidad deseable, por lo menos más de cerca. Está claro, por otro lado, que en cada país latinoamericano tales cien-

cias tienen sus propias modalidades de desarrollo, que responden no solo a tradiciones particulares sino también —y creo que habría que decir sobre todo— a los requerimientos diferenciados por la problemática específica de cada formación social. Es natural y bueno que así

sea, ya que de otro modo nuestras ciencias sociales no estarían cumpliendo con su finalidad última, que es la de producir el análisis concreto de situaciones concretas, con miras a una transformación radical y definitiva de nuestra América.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL